

■ Una «tablet» para Rodrigo Caro

MOSAICO. La primera vez que anduve por Itálica era una primavera sin templar y acabé resfriado; no es que asocie desde entonces la Hispania romana con la congestión nasal, sino que era aún niño y cada imagen, cada cosa de aquella mañana se me quedó para siempre en la memoria. Es lo que tiene el patrimonio histórico: que como sea que uno se lo tropiece se instala, se mete entre las neuronas y sin quererlo ya va con uno a todas partes, sin estorbar, pero alerta para jugar a las referencias, a las comparaciones, a la nostalgia. Naturalmente eso mismo pasa cada vez más con la lengua, con el idioma, porque seguramente es el patrimonio cultural básico que no sólo heredamos sino que protagonizamos —eso hace mucha ilusión— y en el que vamos usando, gastando, inventando, recuperando palabras, giros, hablas que uno escuchó y hasta puede que amásemos incluso: préstamos, incorporaciones, adaptaciones que son estructura lingüística, historia de tantos a la vez que propia, historia del conocimiento que llevamos alegremente y sin pensarlo; es patrimonio, ya digo. Lo mismo con músicas, con sensaciones plásticas, con tacto y color de artesanías, con lecturas y espacios urbanos y atrios o bóvedas, que los llevamos puestos sin saber sabiéndolo —que hubiera dicho el Chavo del Ocho—. Del idioma se aprende también que el patrimonio es algo vivo que nos constituye además de proponernos en una realidad variopinta, babélica en su caso, que podemos concebir plagada de barreras o poblada de puentes traductores, con ida y vuelta. Pero también enseña la idea de lo efímero por vía de tantos modismos lingüísticos que pudieron ensordecir una época, o ni eso, unos meses tan sólo que parecieron interminables: basta pronunciar —en alto, dígalo, por favor— «yeyé», «petimetre», «landó», y hasta le da a uno cosa de oírse semejantes manes del pasado.

Una dimensión del patrimonio cultural es justamente lo efímero no sólo como idea sino instalado en lo concreto con distintas formas, merecedoras de más atención de la que suelen recibir en el análisis del sector. La relevancia que tiene en los conceptos y praxis de fiesta y celebración, por ejemplo, no sólo atañe a la construcción de identidad sino que está proyectada en actividades artesanales específicas. En gran medida, la categoría de efímera es estructural para la concepción de la artesanía, y hasta cabe afirmar que la intervención de una conciencia de utilidad condenada a periclitarse es la que ordena, por así decir, los *grados* con que la artesanía se instala en la cultura; grados que implican fases proto-tecnológicas de la materialización del conocimiento desde la Antigüedad. Pero lo efímero, además, se constituye en frontera incierta entre innovación y sorpresa, entre lo conocido y lo inexplorado en todas las manifestaciones de la cultura; cada incursión del arte o la literatura o la música aparece gozosamente amenazada por la fugacidad, pero esa percepción es parte de la construcción que nos hacemos de la creación en la cultura al punto de ser inseparable de la misma. Creo que la máxima expresión de lo efímero en la cultura la constituyen los fuegos de artificio —en sentido literal—; es seguramente la manifestación más concreta visual y temporalmente hablando. Pero la misma magia que se escapa en el momento es la que opera en la interpretación teatral, en la música en directo o, para quienes arrastramos cierto privilegio sensorial, en la tauromaquia en la plaza. Es preciso entonces convenir en que lo efímero en la cultura no es equivalente a fugacidad, porque fija una marca en la memoria.

Lo fugaz viene a ser más bien una incertidumbre pura que paradójicamente persiste en alejar la duda acerca de su efecto *a posteriori*. En el terreno de las ideas, del hallazgo, del ingenio plástico o literario, incluso en el de algún hábito que muere como lugar común al poco, conviene remitir su vigencia a la moda, a lo que impropiamente se denomina tendencia en los

últimos tiempos. Es cierto que en su duración leve puede hasta cargarse de evidencias y generar interpretaciones, pero encerrando en todo caso su esencia en lo incierto y, desde luego, en lo intrascendente. Debemos considerar fugaz, que no efímero, a lo que visto en inmediata perspectiva, percibimos que no ha de incorporarse o no ha de intervenir en el legado cultural, aunque podamos usarlo como dato de referencia, como registro o seña en un determinado tiempo, pero que no nos sirve como marca ni condición de ese mismo tiempo. Pues bien, un achaque que se imputa a nuestra realidad cultural presente es justamente estar dominada por la fugacidad de emociones y efectos, a veces confundida o mezclada con el reproche a lo efímero de sus realizaciones y a una supuesta falta de trascendencia. No sé, honestamente, si la cosa es tan así.

VOLÁTIL. En principio parece cierto que cuanto no persiste temporalmente cae fuera de nuestro concepto de patrimonio histórico y cultural. Ahora bien, la persistencia puede ser un concepto muy cuco: ¿es física o mental o de ambas categorías a la vez? ¿Es rígida o flexible, queda sancionada en un momento dado o se permite jugar en el tiempo como el Guadiana por La Mancha? Por ejemplo, cuando Rodrigo Caro escribió «*Estos, Fabio ¡ay dolor! que ves ahora / campos de soledad, mustio collado, / Fueron un tiempo Itálica famosa...*», resulta que lo periclitado físicamente parecía estar presente en la idea, en la mente, en la memoria; y más adelante escribe «*...Solo quedan memorias funerales / donde erraron ya sombras de alto ejemplo; / este llano fue plaza, allí fue templo; / de todo apenas quedan las señales...*», parece decir que algo queda, las señales al menos como para permitirse indicar que allí había esto y allí lo otro. Itálica, entonces, ¿había persistido aunque ya no fuera Itálica? Y lo más grande: Itálica persiste hoy día; si durante un tiempo sólo vivió en el trasunto de lo pasado y lo psicológicamente efímero, a comienzos del XVII parece que reclamó a algún espíritu delicado una mínima atención y, pasito a pasito, se nos ha plantado con todos los perejiles del patrimonio. Entonces, ¿cuándo demonios empieza el patrimonio a serlo?

A lo *práctico*. Hace cinco años, aparte de que por lo visto había miles de economistas advirtiendo con su inveterada solvencia del estallido de la burbuja financiera, el mercado del arte del mundo mundial centraba su atención y sus inversiones en la obra consagrada, en el arte *seguro* de firmas consolidadas y vanguardias reconocidas. Pero ahora, además de millones de economistas diciendo que ya lo dijeron ellos, el gran negocio del arte ha virado casi en redondo, las inversiones gruesas se orientan hacia nuevos valores y su funcionamiento se aleja de museos sin capacidad de gasto para concentrarse en el coleccionismo, es decir que abandona las prácticas seguras para desplazar la apuesta hacia una especulación de futuro. En otro lugar habría que bucear en eso; ahora lo que interesa es *reiniciar* la pregunta de líneas atrás: estos nuevos valores —de los que poco o nada sabemos los mortales— están escalando en cotización a base de hacerlo con el precio que les fijan, alzan, bajan u ofertan galeristas y subasteros de postín de modo que, a la vuelta de unos años, sus nombres serán urgencias para comisiones asesoras de museos públicos y privados y terminarán por protagonizar las inversiones del estado —y grandes compañías, pero esas allá ellas— para actualizar colecciones que ponen y pondrán —confiemos— a nuestra disposición. ¿O.K.? Bueno, pues habrán pasado a ser *patrimonio cultural*. En el recorrido habrán sido algunos los éxitos fugaces, otras las famas efímeras, tantas o pocas las inversiones volátiles a todo lo cual cuadrarán otros versos de Caro —«*... Todo desapareció, cambió la suerte / voces alegres en silencio mudo...*»—; pero nuestro patrimonio formalmente reconocido y conservado contará con incorporaciones horneadas en crisis, adobadas con especulación fugitiva de terceras responsabilidades, maceradas en un caldo de

[Léxico de incertidumbres culturales]

miedo bursátil o capricho de colección, «... Mas ¿para qué la mente se derrama / en buscar al dolor nuevo argumento?...» Sigue pareciendo razonable R.C.

El reproche o vaticinio de volatilidad hecho a la cultura de nuestro tiempo, o a parte de ella, me parece un diagnóstico pesimista pero sobre todo algo ingenuo y olvidadizo de la historia de la cultura misma. Porque nuestro patrimonio no nació para ser tal, incluso sobrevivió despojado de admiración y notoriedad durante siglos, y sobre todo debe mucha de su prestancia histórica al egoísmo de coleccionista, a la afectación de jerarcas más o menos opresores, al lucro fugitivo de su ilegítima obtención. En todo caso lo preocupante ahora es la masificación de apuestas a futuro acuciadas por las tecnologías, la comunicación y, por qué no decirlo, por la fatuidad «creativa» instalada en tantas vidas atrapadas por nuestro flautista virtual de Hamelín: la conectividad. Y la consiguiente inmediatez, claro, que está desarticulando a marchas forzadas el sentido articulador de las mediaciones. Pareciera que la velocidad de crucero proporcionada por las pantallas fuese una ruptura de la temporalidad histórica y que ella misma se baste para dar carácter *patrimonial* a cuanto circula o, más bien, a cuanto se pone en circulación con una mínima y audaz voluntad creativa.

Z. Bauman, citando un reportaje de R. Sennett de mediados de los noventa, ha destacado la contraposición existencial entre las obsesiones de Nelson Rockefeller y Bill Gates, el primero por acumular bienes sólidos y el segundo prácticamente por destruir lo que él mismo había hecho, por cambiar de opción sin temor al error, su apego en fin por los valores hallados en lo efímero mismo¹. Rockefeller pertenecería a una cultura de la durabilidad; Gates a la de esa velocidad de crucero latente en las pantallas que a Bauman, por su lado, le permite escribir largo y tendido sobre la «vida instantánea». Según él la instantaneidad hace cada momento espacioso por fugaz y volátil que sea, no busca sino gratificación a salvo de consecuencias y ha desterrado de nuestra cultura el sentido del plazo largo: si antes los poderosos lo eran por su control de lo duradero, entre lo que siempre ha destacado el arte y la arquitectura, ahora son poderosos quienes manipulan lo transitorio. En esa lógica —si cuenta con una lógica— lo que reconocemos como patrimonio habría decaído en su vigencia pues vivimos una reducción de la demanda de durabilidad.

Pero está por ver que tal decaimiento sea efectivo. Una cosa es que la pulsión de lo instantáneo esté llevando la cultura y la ética a un territorio inexplorado, y otra distinta es que ese acarreo cierre la viabilidad concreta de lo duradero, del patrimonio, de los legados culturales. La incertidumbre hacia adelante no ha de implicar, de hecho no implica, que el conocimiento acumulado, los hábitos adquiridos hayan perdido utilidad y sentido como sugiere el Bauman más pesimista. En todo caso sucede todavía que intuimos la existencia de un *patrimonio líquido*.

ATRAPADO. Porque justamente una de las incertidumbres que nos acucian es qué variaciones generarán o están generando conectividad y digitalización no ya en el concepto de «patrimonio», que sería lo de menos, sino en su consistencia futura. Se está tentado de proclamar que el flujo mismo de información o intercambio ya se configura como legado de esta humanidad: pero el flujo es volátil por naturaleza. Habríamos de empezar a meditar acerca de un patrimonio virtual, una modalidad junto con las que ya manejamos, que nadie dudará que se encuentra a disposición, pero de la que muchos dudaríamos que proporcione cosas

1 ¹ Zygmunt Bauman, *Modernidad líquida* (trad. de M. Rosenberg y J. Arrambide). 2000. F.C.E. Págs. 132 passim.

importantes para configurar una básica certeza cultural: percepción del tiempo y su devenir, consciencia de un legado que se recibe, capacidad de empatía con otro tiempo o con otra realidad social. No podemos asegurar —todavía— que la conectividad y su flujo, como *legado virtual*, transmitan conocimiento y de algún modo lo fijen; tampoco que aventure o moldee cierto género de ética humana sobre bases de interactividad e instantaneidad. Así de crudo por muy participativo y libre y democrático que dicho patrimonio alcance a ser, conforme nos aseguran desde un entorno de sus promotores.

Desde la perspectiva de las TIC puede que la circunstancia que envuelva al patrimonio cultural sea su difícil ligazón con el *modo* en que la sociedad terminará relacionándose con el conocimiento, aunque esto último sea un puro vaticinio. Hasta ahora el patrimonio se ha incorporado a la tecnología para difundirse y para ganar accesibilidad, pero no forma parte del universo tecnológico, del imaginario de la conectividad ni de la sopa participativa donde se gesta, al parecer, otra dimensión de la cultura. Si es así y no ha de tener mayor proyección en la hipótesis de futuro que nos inquieta, el patrimonio que conocemos cabe considerarlo atrapado en el tiempo y con riesgo de desactualización para el que habremos de encontrar solución o emplazamiento. Claro que esta perspectiva no se nos pasa por la imaginación de momento ya que *todavía* operamos con criterios pre-virtuales a la hora de valorar el legado cultural.

Para la humanidad actual, con todas sus expectativas de transformación comunicativa, lo que se nos certifica como patrimonio integra simplemente una especie de hacienda compartida en la que estriban identidades, simbologías y viejos aprendizajes que añaden *contenidos* al nuevo horizonte cultural. Esa es hasta ahora, al parecer, la salida, la utilidad del patrimonio en la evolución virtual: un enorme depósito de temas, imágenes, testimonios, unos físicos, otros «intangibles». Esto incluye los acervos documental, bibliográfico, filmico, monumental, plástico, urbano, paisajístico, literario, etnográfico, musical. Bien, aunque surgen dos dudas: ¿en qué momento, año, mes, hora —ya que manejamos una precisión nano-tecnológica— se nos ha venido encima el *corte* entre ese patrimonio y una nueva dimensión virtual?, y ¿cómo podemos verificar que esos acervos han cesado su anticuada producción en aras de la innovación interconectada? Si logramos deshacer esas dos incertidumbres, si identificáramos su o sus instantes implosivos, sería cosa de adquirir una «tablet» para depositarla junto a los restos de Rodrigo Caro con una dedicatoria que diga «tú sí que eres un campo de soledad, colega: desde Itálica, sin amor». Y entregarnos a renglón seguido a una felicidad de perfiles, blogs, encuestas al minuto y publicidad emergente en la que gozar del conocimiento todo.

Tengo la impresión, sin embargo, de que no hay manera de solventar esas dudas tan mentecatas. No hay forma porque el tiempo ni se acelera ni se detiene y porque el conocimiento ni se replica en el vacío ni se descompone en *bits*, pese a lo que digan. Si de momento nos envuelve una cultura con apariencia de fugacidad lo que cabe asumir es que en el patrimonio contamos con una suerte de seguro cultural, y que así como en el disloque liberal las antigüedades figuran hoy como «valor refugio», al patrimonio —especialmente al de dominio público— hay que atribuirle una cualidad parecida a efectos de coherencia sociocultural. Si parece que está atrapado, ya lo veremos soltar amarras o, mejor, ya nos desprenderemos nosotros de la escafandra virtual que nos permite disfrutar lo instantáneo sin asumir posibles efectos indeseados. Pero hasta la fecha y visto lo visto el patrimonio en todas sus variables es la garantía que tenemos de que el conocimiento en primer lugar existe y en segundo es efectivo, real: en monumentos, archivos, tradiciones, museos, bibliotecas, etc. Si toleramos identificarlo con el legado histórico —lo que no sería exacto— y dejamos también correr que eso implique

[Léxico de incertidumbres culturales]

una forma de defunción —lo que es una idiotez—, estaremos abotagando la cultura algún tiempo más por aquello de no sulfurar —ni sufrir más de lo preciso— a quienes ahora ven la luz digital; pero precisamente por esa posibilidad el tratamiento a dar al patrimonio es el de caja de seguridad de la cultura, de la heredada y de la que esté por venir.

TENACIDAD. Se tiene la sensación, *navegando*, de que la fugacidad afecta más a las relaciones «humanas» y a las «sacudidas» sociales puestas en juego por vía de conectividad que a los contenidos circulantes en ella. Hay fugacidad para todo y todos los gustos y grados, pero lo que se percibe es esa pauta —quizá ésta, más que otras, sea la clave *líquida* de que la *indignación*, por ejemplo, no se articule social ni políticamente como cupo esperar—. Si los contenidos *sólidos*, con sus muy diversas y sospechosas calidades, resisten mejor el paso de las horas y los días en internet esa es la principal fuente de confianza de que también en la virtualidad la cultura ha de continuarse, aunque no vayan a ser consensos fugaces ni clamores efímeros ni convicciones instantáneas las que indiquen cuál y por dónde será dicha continuidad. La cultura parece ser tenaz, casi como si tuviera vida propia y unívoca; no precisa que se le haga la ola ni que para ella se llenen estadios durante tantas o cuantas horas. Es tenaz al punto de decantarse en tesoro a la vista: el patrimonio, precisamente.

La clave de la formación del patrimonio pasa por la acumulación, por el egoísmo ya dicho de uno o de multitudes, que aísla el conocimiento de la fugacidad otorgándole valor, estipulándole precio, revalorizándolo al paso del tiempo. Gran parte de lo que ahora llamamos patrimonio surgió de grandilocuencias al calor del poder y la religión o fue en su momento coleccionismo con singular carga de capricho estético u obsesión intelectual². Esa lógica no se detiene, de forma que de entre las que hoy consideremos inconsistencias, fugacidades, una corriente subterránea terminará por transferir al futuro asombrosos abigarramientos como virtuales museos *Cerralbo*, o caprichos magistrales como de *Thyssen-Bornemisza*³. Ni qué decir tiene que transferirá desbordantes archivos en red y catálogos interactivos, interminables, capaces de excusar erudiciones estancas. Esta capacidad fluida y ahora ensanchada de acumulación es, otra vez, el problema nuclear de la relación entre persistencia y fugacidad.

Digo otra vez porque, como muy bien saben los archiveros, tal es el nudo central del drama protagonizado entre conservación y expurgo de papeles desde tiempo inmemorial. Ya las sucesivas tecnologías de los últimos cincuenta o sesenta años han proporcionado quebraderos de cabeza a los conservadores de museos, algo menos a bibliotecarios y archiveros, y representado un sobrecoste de infraestructura y gasto corriente para las instituciones encargadas del patrimonio cultural; por resumir, digamos que el reconocimiento social de esa tarea no ha estado hasta ahora a la altura y que, en el contexto del sector cultural, de muchas políticas del ramo, de la proyección mediática, la salvaguarda y custodia del patrimonio no figura entre las *primadonnas*. Pero de esa tarea depende ya nuestra «seguridad cultural» por si acaso internet se desmorona, o se auto-fagocita, o por si la fugacidad acaba dando la razón a los agoreros. Que todo puede ser.

2 ² Un libro entrañable sobre esto del patrimonio y su formación sigue siendo el de Jonathan Brown y John Elliot, *Un Palacio para el Rey: el Buen Retiro y la corte de Felipe IV*. 2003 (ed.rev.); Taurus.

3 ³ Anótese el dato: «Cerralbo» no es reconocido por el diccionario de español internacional de Word, pero sí Thyssen-Bornemisza. Esto ya es acervo virtual. Vendría a corroborar la teoría de la construcción y destrucción de valor, o *rubbish theory*, de Michael Thompson.

El disparate liberal nos ha traído sin embargo al retraimiento del gasto público en cultura y por ende en patrimonio. Cabeceamos como mansos para asentir que eso es inevitable, coherente en tiempo de crisis y contracción, para dolernos de los riesgos que ya se han abatido sobre las viejas piedras y los museos de Grecia, España, Portugal e Italia —curiosamente en tiempo de *Curiosity*— donde reunimos el 13% del Patrimonio de la Humanidad *amparado* por UNESCO. Ojalá que lo efímero afecte a esta situación, porque necesitamos más que nunca —es decir, como siempre— el patrimonio: el escrito, el pintado, el compuesto, el grabado, el edificado, el vivido. Por seguridad y porque sería de necios que disponiendo de herramientas magníficas para encarar el futuro dejáramos a éste cojo de conocimiento, deteriorado de sensaciones, incapaz de retroalimentación.

Que la humanidad no ha sido en vano hasta la llegada a nuestras vidas de IBM® y sus secuelas no es un recordatorio timorato, es la sustancia de cuanto podemos esperar para bien y menos bien. La vida instantánea y su cultura al parecer fugaz puede que se convierta en amenaza efectiva, en infortunio de desmemoria global; ya se verá si tal cosa llega. Lo que está sobre la mesa es el desdén, la postergación, el desvalimiento de lo que ya tenemos como referente de conocimiento. Podríamos estar en puertas de un alejamiento del patrimonio cultural no ya como recurso identitario, que sería lo menos doloroso, sino como referente para encarar cualquier empresa colectiva. Es un riesgo que podría sustanciarse en el acento vindicativo, y cansino, de ciertas políticas del último cuarto de siglo —francesa y británica sobre todo, pero asumido por nacionalismos grandes y chicos— en que el patrimonio ha servido más a una nostalgia «eurocéntrica» y narcisista que al conocimiento histórico de nuestras sociedades⁴. Si a la dichosa austeridad presupuestaria ha de sumársele un desánimo saturado de salmuera *monumental*, habría que pasar la gorra recabando claridad de voluntades en torno al patrimonio y sobornar descaradamente al olvido. Si nos alcanzara esa colecta, podríamos también invocar en la «tablet» al fantasma de Rodrigo Caro con una *aplicación* que recuerde cada tanto, agradecidos, su bienaventuranza final para esta Itálica que ahora se nos antoja planetaria: «... *Goza en las tuyas sus reliquias bellas / para envidia del mundo y sus estrellas*».

4 [□] A ello se ha referido Tony Judt en *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945* (Trad.de J.Cuéllar y V.E.Gordo). 2006. Taurus. Págs.1.099 a 1.105.